

LAS 7 IRAS:

LA DISECCIÓN DEL CAOS

Desperté en medio de la oscuridad. Estaba tumbado, la cara pegada a la superficie de madera. Me incorporé haciendo una flexión incómoda, y entorné los ojos en un intento frustrado por mitigar el punzante dolor que mi cabeza sentía en estos momentos extraños.

El habitáculo de sombras se antojaba una especie de altillo o sótano. Una luz vaporosa existía en algún lugar que no podía percibir, pero de alguna manera conseguía iluminar suavemente el suelo de roído parqué. El fulgor se extendía en forma de círculo tomando como epicentro mi propia posición. Quise levantarme del todo, pero el techo impactó sobre mi testa y me precipitó de nuevo al suelo. La imprudencia me hizo sisear de rabia.

Permanecí quieto un instante al ver las faldas de un hábito oscuro que reposaba frente a mí. Alcé ligeramente la mirada, dubitativo, y creí distinguir unas facciones veladas por la falta de claridad.

—Por fin has despertado.

Me sentí desconcertado cuando reconocí la voz de mi amigo. El timbre se distorsionaba en un ronquido profundo, pero sabía con certeza que se trataba de Mark.

—¿Dónde estamos? —pregunté tímidamente.

El hombre me brindó unos segundos de frío silencio. Estuve a punto de reiterar la indagación, pero la enigmática voz de mi compañero se abrió paso con calma.

—¿No recuerdas nada?

Intenté volver a levantarme, de nuevo sin éxito debido al cansancio que acumulaba mi cuerpo. Negué con la cabeza.

—*¿Quieres recordar?*

Mis ojos, cada vez más adaptados a la oscuridad, lograron discernir una efigie pálida envuelta en la capucha de una túnica negra. Di un respingo cuando, durante la exploración visual, encontré una mirada demoníaca que permanecía fija sobre mí.

—*¿Quién eres?* —susurré, la respiración agitada.

La siniestra figura, que yo había confundido con Mark por alguna retorcida jugarreta de mi mente, habló una vez más haciendo gala de una frialdad que rompía los límites humanos.

—*La pregunta es: ¿quién eres tú?* —La voz escarchada adquirió un halo de desprecio— *Ahora pronunciaré siete palabras que te ayudarán a recordar por qué estás aquí.*

VACUIDAD

Las aulas cerraron sus puertas, pero yo me refugié en una esquina de la facultad, el cigarro en la mano. Desde luego, no me apetecía asistir a la última clase de la tarde, con la noche cayendo sobre la ciudad. Tras un par de bocanadas de humo cuantioso, llegó un chaval de aspecto frágil que se detuvo a descansar en uno de los asientos del pasillo. Miraba sin parar su reloj de pulsera, así que pensé que se trataba del típico alumno aplicado al que no se le ocurriría ni por asomo molestar al profesor durante la impartición de sus lecciones.

Al rato, un reducido grupo de individuos pasó frente a mí. Éstos me miraron con desconfianza mientras se arrimaban junto a la entrada de una de las aulas. Cuando uno

de los recién llegados se me acercó sosteniendo una piedra de considerables proporciones, me di cuenta de las intenciones de él y sus compañeros.

—Confío en que tu presencia no resulte una complicación para nosotros.

El que me había hablado en tono desafiante era un hombre joven pero con el rostro curtido. Parecía poco expresivo, por lo que no sabía si mi sonrisa maliciosa le molestaría.

—Tengo dudas al respecto —comenté mientras me llevaba el pitillo a los labios.

Los dos amigos del chaval se giraron hacia mí, al igual que su camarada, que se aproximó unos pasos. Posó su mano libre sobre mi hombro.

—Sé de una fiesta privada que se celebra mañana —dijo enseñándome los dientes en un difuso intento por sonreír—. Estás invitado, si tú quieres.

Mi cara se alegró, divertida. Meneé la cabeza afirmativamente y arrojé el cigarrillo al suelo.

HIPOCRESÍA

La piedra atravesó el vidrio, fragmentándolo en trozos cortantes de diversos tamaños. Los tres sujetos abandonaron sus posiciones y se postraron a mi lado, los rostros sonrientes por la fechoría. Poco después, la puerta vilipendiada se abrió para desparramar los últimos cristales que resistían en el marco. De la abertura emergió un hombre vestido con camisa y corbata que esgrimía un semblante furioso. Sus ojos inquisidores se fijaron en el muchacho de débil complexión que reposaba, la boca abierta, sobre el banco de enfrente.

Mis nuevos colegas rieron por lo bajo cuando el irritado profesor dio tres zancadas raudas y agarró con desdén el hombro del chico. Por supuesto, el pobre chaval, aunque

tímido, no era idiota, así que su cabeza empezó a efectuar movimientos espasmódicos que indicaban una vehemente negación de culpabilidad, y pronto una de las manos temblorosas se transformó en un dedo inquisidor.

—¡Han sido ellos! ¡Yo no tengo nada que ver con esto! —gritó mientras nos señalaba con angustia.

El catedrático soltó a su víctima y se dirigió a nosotros. Los causantes del destrozo miraron hacia otro lado, disimulando, así que me tocó a mí aguantar la acometida.

—¿Es verdad lo que dice este chico? —inquirió, todavía con furia.

La situación, extrañamente, me divertía. Me acerqué al hombre con el fin de hablarle al oído, mas las palabras salieron de mi boca con el suficiente volumen como para que el tumulto que se había formado a nuestro alrededor pudiese captar el mensaje.

—Mire, yo no quiero meterme donde no me llaman, pero es evidente que el chaval tiene problemas de comportamiento. —Perfilé una sonrisa— Por favor, no sea excesivamente duro con él.

Los estudiantes que abarrotaban el pasillo comenzaron a murmurar. Muchos de ellos protestaron cuando el profesor hizo andar al inocente muchacho a base de empujones.

DESHONRA

La turba se disolvió al tiempo que los tres maleantes me felicitaban por mi contundente actuación y se marchaban tan campantes. Creí que iba a volver a quedarme solo, pero una cara conocida brotó de entre los vestigios de la conglomeración.

—Estarás satisfecho.

Mark parecía enojado, y pensé que no le faltaba razón. Aún así, encontraba sus palabras demasiado rígidas.

—No hace falta que digas nada. Piensa, amigo mío, que tus padres no te han educado para que andes por ahí humillando a los más débiles. Tu familia y tus seres queridos no se merecen lo que estás haciendo.

He de reconocer que la intensa parrafada de mi fiel compañero me había llegado bastante hondo. No obstante, mi orgullo no me permitía aceptarlo. Hice una mueca furiosa y dejé atrás a un serio Mark.

EGOLATRÍA

Las llaves trastabillaron en mi mano, que semejaba más temblorosa de lo habitual. La oscuridad de las altas horas de la tarde me dificultaba sobremanera la tarea de abrir el portal de mi casa. Agité la cabeza de irritación, y luego reprimí un bufido cuando vi a mi amigo subiendo la calle. Cruzamos la mirada durante unos instantes incómodos.

—No sé si te has enterado, pero han expulsado de la facultad al chico que acusaste injustamente. —La voz del joven inspiraba dureza— Un castigo elevado por no hacer nada, ¿no crees?

Mascullé entre dientes sin encontrar respuesta a los reproches que me brindaba mi mejor amigo. La gravedad de su rostro me hacía enfurecer.

—Tus ojos me dicen que no estás arrepentido, y no debería...

—¿Te crees que me importa lo más mínimo lo que le haya pasado al chaval? —lo corté abruptamente— Cállate de una maldita vez, Mark. No tienes derecho a juzgarme.

—El muchacho intentaba hablar, pero hice que mi voz se sobrepusiese a la suya—

¿Quién te crees que eres? ¡Yo soy el único dueño de mis actos, y ni tú ni nadie va a poder cambiarlo!

—¿Tú te oyes? —El chico parecía desbordado ante mi acalorada disertación— Estás desvariando.

Abrí la puerta y la cerré de golpe inmediatamente después. Observé a Mark a través del cristal, y no me sorprendió encontrarme con un rostro juvenil turbado de emociones. Sin más, di la espalda a mi amigo y avancé por el rellano del portal.

AGRESIVIDAD

Un largo pitido me hizo levantar con zozobra de la cama. El timbre volvió a sonar con estridencia mientras me vestía apresuradamente y miraba el despertador, que marcaba una hora temprana de la mañana.

Llegué a la puerta de mi piso al tiempo que el ruido cesaba. Confuso, deslicé un ojo hasta la mirilla, y la negrura que percibí me recordó que la lámpara del pasillo llevaba dos días fundida. Alguien apretó el timbre de nuevo.

—¿Quién es?

Mi pregunta atravesó la puerta con el anhelo de ser respondida con celeridad, pero hube de esperar unos segundos hasta que una voz susurrante dijo:

—Carta certificada.

Giré el pomo de la puerta despacio, con cierta inquietud. Nada más chasquear el pestillo, algo impactó sobre la puerta, y ésta, a su vez, me proyectó hacia la pared que tenía detrás. Entre las sombras del vestíbulo surgió un joven flacucho y pálido que sostenía una mirada colérica sobre mí.

—¿Te he despertado, acaso? —murmuró despectivamente, y luego gritó:— ¡ No sé como puedes dormir después de lo que me has hecho!

Aunque mostraba un semblante contraído, reconocí enseguida al chico al que había calumniado de forma hiriente. Su expresión era de furia, pero sospeché que ésta se mantenía contenida por alguna razón que yo no alcanzaba a comprender.

—Tal vez no lo sepas, pero me han echado de la carrera. —Sus palabras se calmaron y dejaron paso a una tristeza anegada— Espero que pienses en ello.

El joven me observó con resentimiento, sentí que me estaba juzgando de una manera que resultaba humillante. Cuando se dio la vuelta para irse, torcí la boca de rabia y, aferrando el primer objeto que mi mano encontró, me abalancé sobre su espalda indefensa y golpeé con saña.

CRUELDAD

Ascendí los últimos peldaños de mármol que restaban para llegar al piso de los desvanes. Mis manos arrastraban parsimoniosamente el cuerpo inconsciente del chico que acababa de derribar. El dolor de espalda que me provocaba la tortuosa subida no me impidió plantarme frente a la puerta de mi trastero. Eché una ojeada al muchacho, y seguidamente metí la llave en la cerradura. Resultaba innegable que la frialdad de mis actos me sorprendía hasta cierto punto, pero ahora no era momento de vacilar.

Giré el pomo de la puerta y despejé la entrada con el pie. Trasladé al chaval hasta el interior del habitáculo, que se presentaba lleno de objetos polvorientos tenuemente iluminados por el albor matutino que irradiaba una claraboya. Me di cuenta de que el yaciente se despertaba, y esta prontitud hizo que me recriminase a mí mismo por no haberle aporreado con mayor contundencia. Hurgué en una de las cajas y saqué una pareja de esposas que había adquirido hacía algunos años. Cogí un extremo del grillete y lo cerré en torno a la muñeca de mi víctima al tiempo que colocaba su cuerpo junto a

un trozo de tubería que sobresalía del muro. El aro restante lo afiancé en el conducto de cobre. Antes de que el apresado abriera los ojos, me dio tiempo a realizar la misma operación con su otro brazo y rasgar un pedazo de cinta aislante para pegarlo sobre sus labios.

La mirada del chico se llenó de angustia cuando despertó esposado. Se revolvió sobre el suelo, pero la escasa longitud de su atadura no le dejaba maniobrar con destreza. Suspiré para aliviar tensiones mientras observaba con desdén cómo se retorció de horror. Cerré la puerta al salir del sótano.

MALDAD

Los golpes sordos y metálicos se perdían en la lejanía a cada paso que avanzaba por el oscuro corredor. Supuse que el instinto de supervivencia del chaval le habría llevado a patear la tubería con desesperación, y este pensamiento formó una imagen en mi cabeza que me hizo sonreír. Las tinieblas me cubrían por momentos, y se diría que esta opacidad era metabolizada por mi mente, sin duda más enferma que antaño. El recuerdo de mis perversidades me produjo un estado de excitación que sacudió mis cogniciones hasta transformarlas en pérfidas representaciones de la realidad. Mis ojos, inundados de euforia dantesca, saltaron de las órbitas, y las facciones se contorsionaron para facilitar el paso de una risa gutural y espeluznante. Ni siquiera me percaté de que el suelo se abría bajo mis pies y el alma alcanzaba la catarsis en un suspiro.

—*¡Basta!*

Las palabras brotaron coléricas de mi boca. Me arrastré por el suelo entablado y agité el cráneo con el firme objetivo de alejar todos aquellos recuerdos de mi mente. El causante de mi desdicha, el extraño hombre de negro, se mantuvo en silencio durante unos instantes eternos. Quise levantarme pero, como el cuerpo continuaba sin responderme, decidí gritar con toda la fuerza de mi garganta.

—¡Si puedes acabar con esto, hazlo ya! ¡No quiero seguir en este lugar de pesadilla!

La figura siniestra proyectó su complexión hacia delante silenciosamente, y el resplandor esotérico le iluminó el rostro. Me quedé inmóvil contemplando la tez cadavérica que el enigmático ser ocultaba bajo la capucha. Su mirada, dos zafiros rodeados de un mar de llamas, trascendió la penumbra de la buhardilla.

—*La ira te domina. No puedo dejar que sigas con vida.* —El susurro, débil en apariencia, me percutió la mente sin piedad— *Debo castigarte.*

Los orbes de hielo incandescente se clavaron en mí y parecieron otorgarme el don de la clarividencia. Dichosamente, tuve el coraje necesario para emplearla y arrepentirme de mi inhumanidad, el auténtico germen del caos. La imagen del guardián centelleó hasta diseccionarse, y luego la oscuridad eterna se propagó sobre mi vida.

FIN